

Y de la muerta virgen en el cuello  
 Sus raíces así,  
 Por el suelo truncada  
 Por entre el césped húmedo yacía,  
 Roto su tallo, pero no manchada.  
 Tendió el conde sus manos  
 A la prenda de su alina idolatrada,  
 Y á la caída flor el penitente,  
 Cuando esta de repente,  
 Por invisible mano arrebatada,  
 Se perdió en el azul del manso ambiente,  
 Y la pura region del vago viento  
 Armonizó una música divina  
 Que venia del alto firmamento,  
 Detras brotando de su azul cortina.  
 El celestial compás de aquella santa  
 Misteriosa armonía, llamó al cielo  
 La atencion de Wifredo y de Guarino;  
 Y al ver el cuadro mágico y divino  
 Que les mostró su descorrido velo,  
 Se borró de María en la garganta  
 La señal de su herida;  
 Y á ver la aparicion en luz radiante  
 Que en medio de los aires suspendida,  
 De su vista mortal está delante  
 Tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,  
 De las estrellas fúlgidas vestida,  
 De la luna calzada,  
 Y de ángeles en hombros conducida,  
 La Madre del Cordero immaculada  
 Sonreía á los tres, que arrodillados  
 Y absortos contemplaban

La divina vision embelesados.  
 La Purísima Madre del Dios niño,  
 En sus manos, mas blancas que el armiño  
 La azucena silvestre mantenía,  
 Y con celeste acento  
 Que empapó la montaña en armonía  
 De son mas apacible, grato y lento  
 Que el murmullo del bosque, el mar y el viento  
 Con sonrisa hechicera  
 Dijo, vuelta á los tres, de esta manera:  
 "Donde no hay voluntad, tampoco crimen;  
 "Ilesa, pues, la virginal pureza  
 "María conservó, y en la aspereza  
 "De los montes, siete años penitentes  
 "De otro castigo al matador redimen  
 "En los juicios de Dios omnipotentes.  
 "En medio de estas peñas se levante  
 "Sombrio monasterio,  
 "Que del Señor las maravillas cante:  
 "Otra vez á arraigar esa azucena,  
 "Vuelva en las rocas, de perfume llena,  
 "Prenda y señal de celestial misterio:  
 "Y cuando en el sepulcro preparado  
 "Vuestro despojo corporal se suma,  
 "Sobre el sepulcro de los tres cerrado,  
 "La azucena silvestre se consuma."

Espiró de la Virgen el acento,  
 Y cesando la célica armonía,  
 La mística vision deshizo el viento,  
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella  
 Cayeron bendiciendo su destino,  
 El noble conde, la feliz doncella,  
 Y el santo penitente Juan Guarino.

## UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO EN COLABORACION

DE

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

### INTRODUCCION.

Mas allá de Villodrigo  
 Y mas acá de Celada,  
 Yendo de Madrid á Burgos,  
 Desde el camino se alcanza  
 Una legua tierra adentro  
 Cierta iglesia solitaria  
 Sobre un cerro, y que parece  
 Pobre ermita abandonada.  
 Mas no es así: pues del cerro  
 En la contrapuesta falda,  
 Y entre otros muchos cerrillos  
 Que el terreno desigualan,  
 Hay tendido un pueblecito  
 Que se esconde á las miradas,  
 Mas cuyo fecundo seno  
 Tesoros avaro guarda.  
 Su nombre es harto poético,  
 Aunque no está en ningun mapa  
 Ni se lee en ninguna historia:  
 Villaldemiro le llaman.  
 Anchos arroyos le cruzan,  
 Con cuyas parleras aguas  
 Reverdecen las laderas  
 Sus montañuelas enanas;  
 Y á la salida del pueblo  
 Entre la espesa enramada,  
 De un bosquecillo de sauces  
 Que en los arroyos se bañan,  
 Y de algunos cientos de olmos  
 Que sobre ellos se levantan,  
 Yacen de un viejo palacio

Las enmohecidas tapias.  
 Palacio fué: en los dinteles  
 De sus roídas portadas  
 Conserva, aunque ya borrados,  
 Sus nobles escudos de armas:  
 Y en los severos contornos  
 De su destruida fábrica,  
 Se ve la forma que Herrera  
 A sus edificios daba.  
 Las cuatro cuadradas torres  
 Ya de sus ángulos faltan,  
 Y tejas cubren los techos  
 Que cubrieron las pizarras.  
 Rotas maderas ocupan  
 Los huecos de las ventanas,  
 Que ocuparon algun dia  
 Bellas vidrieras pintadas.  
 Tras ella cuelgan sus telas  
 Las cazadoras arañas,  
 Donde sin duda otro tiempo  
 Ricos tapices colgaban.  
 Hoy sirven los aposentos  
 De graneros: sus labradas  
 Techumbres son el asilo  
 De las golondrinas: lavan  
 Sus ropas en el estanque  
 De su parque las zagalas;  
 Y en las yerbas, que á las flores  
 Que dió algun dia reemplazan,  
 Se apacentan las ovejas  
 Y los pastores descansan.  
 En vez de amantes endechas  
 Cantadas al son de un arpa,  
 Se oyen al de un camarillo  
 Las campesinas tonadas.

Mas todavía el viajero  
Y el vago artista, que pasan  
Por junto al viejo edificio,  
A contemplarle se paran.  
Y aunque de feudal grandeza  
No escita memorias altas,  
Ni bien del décimo-sétimo  
Siglo la noble arrogancia  
Casi recuerda, los ojos  
Aun con placer lo repasan.  
Aun del pintor y el poeta  
En las pensadoras almas  
Gratas ideas escita,  
Que deleitan si no encantan.  
Aun queda un vago misterio  
Entre sus viejas murallas,  
Que anima dulces memorias  
De edades mejor pasadas;  
Y aun puede dar este valle  
Y este abandonado alcázar  
Risueño paisaje á un lienzo  
Y á un libro leyenda grata.  
Yo, pues, que aunque escaso en numen  
Y pobre asaz en palabras,  
Gusto de añejas historias  
Y hallo placer en contarlas,  
Por los puntos de mi pluma  
A estender sobre estas páginas  
Voy una historia de amores:  
Que si á escribirla alcanzara  
Como yo me lo imagino,  
Bien valiera el escucharla.  
Es una historia sencilla  
De la centuria pasada,  
Del tiempo de don Felipe  
De Borbon, quinto en España:  
Cuadro tranquilo y risueño  
Que á pedazos se engalana  
Con flores que en el paisaje  
La poesía derrama.  
Historia que no anhelando  
Volar por regiones altas,  
De la rastrera paloma  
Se contenta con las alas;  
Y no aspirando á elevarse  
Con el soplo de la rama,  
Se dará por muy servida  
Si, en un libro encuadernada,  
Sirve tal vez del invierno  
En noche aterida y larga  
Para entretener un punto  
A alguna doncella cándida,  
O algun hastiado viejo,  
O tal vez, si es que á ser tanta  
Alcanzase mi fortuna,  
A alguna elegante dama  
Que con su lectura olvide  
De algun galan la tardanza.

## CAPITULO I.

Próximo el sol á su ocaso,  
Y entre cárdenos celajes  
Y nubes de oro y de púrpura  
Amagando ya ocultarse,  
Vertia en rayos oblicuos  
La tibia luz de la tarde  
Por los cerros que aprisionan  
De Villaldemiro el valle.  
La sombra del monteillo  
A cuyo pié el pueblo yace,  
Se iba haciendo, aunque no aprisa,  
Cada momento mas grande.  
Y ya del astro del dia  
Los postrimeros raudales  
De luz, doraban apenas  
Las puntas de algunos árboles,  
Desde cuyo alto y espeso  
Y ameno y fresco follaje,  
Le despedian con trinos  
Y con gorgeos las aves.  
El aura que mansamente  
Oreaba sus ramages,  
Mecia las verdes hojas  
Con armonía agradable.  
Del pastor que recogia  
Su ganado, encaminándose  
A su aprisco, se escuchaban  
A lo lejos los cantares;  
Y el cencerro de los mansos  
Con su son roneo y salvaje;  
El ladrido de los perros  
De los rebaños guardianes;  
La voz de los labradores  
Que tornan de sus afanes  
Platicando, ó con sus voces  
Alarmando sus hogares,  
Y avisando á sus hijuelos,  
Que al confin del pueblo salen;  
El son de los esquilonos  
Que á las oraciones tañen,  
Con el agudo repique  
Que lento propaga el aire;  
El humo que en él se pierde  
Escapando en espirales  
Por los huecos que en las chozas  
Vez de chimeneas hacen,  
Cuyos vapores azules,  
Con el sol transparentándose,  
Formas fantásticas toman  
Cuando en su luz se deshacen;  
Y el color cárdeno y rosa  
Que de ocaso derramándose  
Al empezar el crepúsculo  
Refleja por todas partes  
De la tierra que abandona,  
A este campestre paisaje  
Dan armonía tranquila  
Y tono halagüeño y suave.  
Sumióse completamente  
El sol, y el fanal errante

De la luna, en su creciente  
Fué poco á poco animándose,  
Y el aun incompleto círculo  
De su misteriosa imagen,  
Se reflejó poco á poco  
En las aguas del estanque.  
Se alzó la nocturna brisa,  
Y el aura purificándose,  
Con su soplo hizo á las flores  
Abrir un punto los cálices.  
Brotó su escondido aroma,  
Y en el aura derramándose,  
Con campesino perfume  
Llenó el pintoresco valle.  
De esta manera, una noche  
Del mes de Mayo empezándose,  
Y la cual es el principio  
De la acción de mi romance,  
Por el estrecho sendero  
Que del palacio delante  
Pasa, y cruzando el sotillo  
De melancólicos sauces  
Que le cerca, baja á espacio  
Forastero caminante,  
Ginete en un potro negro,  
Y hácia el lugar acercándose  
A la puerta del palacio  
Que sobre la senda cae,  
Una mujer en silencio  
Le contempla aprocesimarse.  
Bajó el viajero la cuesta,  
Y el bruto, en lo llano hallándose,  
Alzó relinchiendo el trote,  
Mostrando su noble sangre,  
Y entró por bajo los olmos  
Con tan poderoso arranque,  
Que el prudente caballero  
Tuvo al fin que refrenarle.  
Llegó en esto del palacio  
Ante la puerta, y mirándose  
Frente á la mujer, que en ella  
Seguia inmóvil mirándole,  
La dijo en tono cortés,  
Ligeramente inclinándose:  
“¿Podeis hacerme merced,  
Buena mujer, de indicarme  
Alguna casa, en que quieran  
Por esta noche hospedarme?  
La mujer, que continuaba  
A sombra de los umbrales,  
Casi oculta, y sus facciones  
Sin que percibir dejase,  
Le respondió, con atenta  
Voz: “No será eso muy fácil,  
Señor caballero: el pueblo  
No tiene para hospedaje  
Posada alguna, no siendo  
Jornada á ninguna parte.”  
—“Flor” dijo adentro una voz;  
Y ella dijo: “Aquí estoy, padre.”  
—¿Quién es? preguntó el de adentro.  
—Un forastero.

—¿Qué trae?

—Mucha fatiga, y un poco  
De plata, que acaso alcance  
Para pagar de esta noche,  
Si le encuentra, el hospedaje.”  
Esto dijo el caballero  
Sobre las crines echándose  
De su caballo, al de adentro  
Dirigiéndose, y no en balde;  
Pues á los pocos momentos,  
Con un candil alumbrándose,  
Salió al umbral de la puerta  
Un anciano venerable  
Que le dijo, de hito en hito  
Sin dejar de examinarle:  
—“Caballero, pues por tal  
Os da vuestro porte y trage;  
Aquí no hay posada alguna  
Do os admitan; mas si os place  
Recuperar vuestras fuerzas  
Para seguir vuestro viaje,  
En esta mansion humilde,  
De cuanto en ella se hallare  
Sirviéndoos, echad pié á tierra  
Y entrad; mas dejando aparte  
El dinero, que con oro  
No se pagan voluntades.”  
—¿Quien quier que seais, anciano,  
El cielo la vuestra os pague;  
Que es generosa, y la aprecio  
En todo cuanto ella vale.”  
Y así diciendo el viajero,  
De su caballo apeándose,  
Entró en la casa; el anciano  
Hácia las cuadras guiándole.  
Mostróle un pesebre y heno,  
Con que poder establarle,  
Colgó el candil en un clavo,  
Y al forastero acercándose,  
A desensillar el potro  
Comenzó atento á ayudarle;  
Mas no era el recién llegado  
Estraño á quehaceres tales,  
Pues lo hizo tan fácilmente  
Y en tan rápidos instantes,  
Que hizo que cortés el viejo  
Su destreza celebrase.  
Agradecióselo el mozo,  
Mas sin dejar de ocuparse  
Del potro, que le era objeto  
De minuciosos afanes,  
Le echó una traba á las manos  
Porque no se maltratase;  
Su doble capa en los lomos  
El sudor para guardarle,  
Y una palmada en el cuello  
Carinosamente dándole,  
Volvióse al anciano huésped  
Diciendo: “Cuando gustáreis.”  
Echó adelante el anciano  
Con el candil alumbrándole,  
Y el viajero, de la cuadra  
Dió media vuelta á la llave.  
Relinchó el caballo: el dueño

Dijo alto: "Quieto, Brillante!"  
Y tomó la ancha escalera,  
En el palacio internándose.

## CAPITULO II.

Después que hubieron cruzado  
Por tres solitarias piezas,  
Que en los dueños de la casa  
Acusaban indigencia,  
Pues adornos no se vian,  
Ni aun casi muebles en ellas;  
Alumbrando al forastero  
Llegó el viejo ante una puerta,  
A través de cuyos quicios  
Se veía luz; y abriéndola  
Ante el mozo, "Entrad," le dijo  
Haciéndole reverencia.—  
Entró el viajero en la estancia,  
Y halló en su centro una mesa  
Como de labriego franca,  
Como de pobre modesta.  
Limpio mantel la cubría,  
Que aunque de trama grosera,  
En su estremada blancura  
A la nieve se asemeja.  
Platos de vidriado barro,  
Y cubiertos de madera,  
Con vasos de asta la cubren  
Y blanco pan, que aun humea.  
Dos taburetes de roble,  
Y un gran sillón de baqueta  
Ocupan entrambos lados  
Y el sitio de cabecera:  
Y una muchacha que cumple  
Diez y siete años apenas,  
De pie al lado del sillón,  
Que el viejo se siente espera.  
Mas este hácia el caminante  
La encanecida cabeza  
Tornando, de aquella sila  
Le brindó la preferencia.  
Ocupóla á su pesar  
El forastero; á su diestra  
Sentóse el viejo, y la niña  
Tomó lugar á su izquierda.  
Bendijo la mesa el viejo  
Con breve oración secreta,  
Y á una voz de la muchacha,  
Entró un jayán con la cena.  
Y como en toda la historia  
Es esta la vez primera,  
Que juntos sus personajes  
Y con buena luz se encuentran,  
Contemplémoslos despacio,  
Mientras ellos también se enteran  
Unos de otros en silencio,  
Antes de tomar franqueza.  
El viejo es hombre robusto  
Que aun no raya en los sesenta;  
En su exterior todavía

Agil y sano se muestra:  
Los años por él pasados,  
Los años y acaso penas,  
Han dejado en sus facciones  
Largas é indelebles huellas.  
Su ancha calva, y de su barba  
Las lacias y blancas hebras;  
Las arrugas de su frente,  
Despejada, alta y serena;  
Las miradas de sus ojos,  
Donde clara reverbera  
La calma de la honradez,  
La luz de la inteligencia;  
Sus palabras comedidas,  
Y sus muy graves maneras,  
Reclaman en favor suyo  
El respeto y deferencia.  
Y aunque entre toscos ropages  
Su noble persona envuelta,  
Al través del burdo paño  
Algo de grande revela.  
El forastero es un mozo  
Que años veinticinco cuenta,  
Con un semblante espresivo  
Y una gallarda presencia.  
Sus negros ojos, que brillan  
Bajo sus arqueadas cejas,  
Su frente tranquila y ancha,  
Su nariz algo aguileña,  
Su boca algo desdenosa,  
Y su tez algo morena,  
En él fácilmente acusan  
La osadía y la nobleza.  
Sus blancas manos, su riza  
Y cuidada cabellera,  
Su bien cincelado estoque  
Y una riquísima piedra  
Que en un primoroso anillo  
Engastada, al dedo lleva,  
Prolijamente declaran  
Su noble sangre y riqueza.  
La muchacha, que á su lado  
Y frente al viejo se sienta,  
Es una rosa de Abril,  
Llena de aroma y belleza;  
Es un lucero humanado,  
Un ángel sobre la tierra,  
Como en sus versos amantes  
Suelen decir los poetas.  
Sus negros ojos, que adornan  
Largas pestañas espesas,  
Cuya sombra se dibuja  
En su tez rosada y fresca;  
El delicado contorno  
De su virginal cabeza,  
En que de negros cabellos  
Cuida dos ricas madejas  
Que en su vértice recoge  
En dos abultadas trenzas:  
La sonrisa imperceptible  
Que en sus lábios juguetea:  
Su cuello, en cuya piel suave  
Y blanca, se trasparenta

El puro azul enramado  
De sus delicadas venas;  
Y la espresion peregrina  
De candidez y modestia  
Derramada en sus facciones  
Y en sus modales, demuestra  
Que no es su fina hermosura  
Hija de tan pobre aldea,  
Ni flor tan pura han podido  
Crear aquellas laderas.  
Tales son los personajes  
Que toman parte en la escena  
De esta historia, y que trabaron  
Plática de esta manera.

EL VIEJO.

¿Conque solo? ¿Y dónde bueno?  
Si no es pregunta indiscreta.

EL FORASTERO.

Sin cierto rumbo camino;  
Donde me arrastra mi estrella  
Voy, pues me es indiferente  
Cualquier lugar de la tierra.  
De uno he salido, en el cual  
A disgusto mi existencia  
Se arrastraba, y fuera de este,  
Viviré en paz en cualquiera.  
Y aunque en el lugar que dejo,  
Personas y cosas quedan  
Que amo mucho, han de pasarse  
Años antes de mi vuelta.

EL VIEJO.

Pesares ó fantasías  
Veo ¡oh jóvenes! que os aquejan,  
Que quereis en vuestro pecho  
Guardar. Mas enhorabuena,  
Y en paz sea dicho, y oidme  
Sin que con esto os ofenda.  
El mundo engaña á los jóvenes  
Con muy sutiles quimeras,  
Y tal vez con algun sueño  
Vuestra mente se enagena.  
Continuamente en la vida  
Viento revoltoso reina,  
Que á lo que á una vuelta ensalza,  
Lo derriba en otra vuelta:  
Y hay ideas que los mozos  
En su corazón engendran  
Con pretension de montañas,  
Y son granillos de arena.  
Mirad, pues, atentamente  
Lo que vais á hacer, no sea  
Que de la arenilla huyendo,  
Tropeceis en rudas peñas.

EL FORASTERO.

Comprendo y estimo en mucho,  
Señor, las palabras vuestras,  
Pues fácilmente se dan  
Por hijas de la experiencia.  
Mi alma, aunque en cuerpo de mozo,  
Escucha siempre y respeta

De la sábia ancianidad  
Las palabras y prudencia.  
Mas no habeis dado en el blanco:  
Mi alma, de pasión agena,  
Tras quiméricos fantasmas  
Desatinada no vuela.  
Y porque, en fin, no creais  
Que son necias mis respuestas,  
Y vuestro consejo escuso,  
Os relataré completa  
Mi historia en breves palabras,  
Y me juzgareis por ella.

EL VIEJO.

Antes de que la empeceis,  
Tomad, caballero, en cuenta,  
Que yo no os lo he demandado,  
Y que tal como ella sea,  
Vais á confiarla á personas  
A quien conoceis apenas.

EL FORASTERO.

No olvideis tampoco vos  
Que pues sin saber la vuestra  
Voy á fiaros mi historia,  
No es cosa que me avergüenza.  
Hácia vos, señor, me atrae  
Simpática deferencia,  
Y sé que no abusareis  
De lo que os fie mi lengua.

EL VIEJO.

No á fé: mas tal vez...

EL FORASTERO.

Señor:

Si los rastros que refleja  
Vuestra alma en vuestro semblante,  
Y que hoy á tal confidencia  
Me impelen, son engañosos,  
No hay verdad sobre la tierra.—  
Hablare, por mil razones:  
Por ver lo que me aconseja  
La vuestra; por si tal vez  
Vuestra voz alivio presta  
A mis cuitas, y á lo menos,  
Por mis recuerdos siquiera.

EL VIEJO.

Yo os agradezco, buen joven,  
Vuestra urbanidad atenta,  
Y haré á vuestra simpatía  
La justa correspondencia.

Diciendo así, á la muchacha  
Con imperceptible seña  
Mandó el viejo retirarse:  
Y abandonando la mesa,  
Con un gracioso saludo  
Salió cerrando la puerta.  
Quedó un momento el viajero  
Sus claveteadas maderas  
Contemplando, cual si aún  
A través pudiese verla.  
Sonrióse el viejo, entendiéndolo

Por su expresion sus ideas;  
Y echando en los vasos de asta,  
El licor de una botella,  
Dijo: "Os escucho," y el otro  
Empezó de esta manera:

## EL FORASTERO.

Familia de ilustre sangre,  
Entre los nombres asienta  
De sus varones el mio:  
Y harto sobrada de hacienda,  
Y harto colmada de honores,  
De España es de las primeras.  
Mis padres viven: si tienen  
Mas virtudes que flaquezas,  
Pues su hijo soy, no me toca  
Tacharlas ni encarecerlas.  
A Francia, que en ciencias y artes  
Es hoy de Europa academia,  
Y adonde gloriosamente  
El rey Luis catorce impera,  
Me enviaron á que cursase  
Sus mas célebres escuelas,  
En que adquirí yo opiniones  
Que hoy mantengo con firmeza.  
Fatigaron mi cerebro  
Escolásticas tareas,  
Y desengaños y azares  
Avanzaron mi experiencia.  
Portéme como español  
En seis años que en aquella  
Corte estuve: estudié mucho,  
Reñí poco, que fué prueba  
De juicio, porque en verdad,  
Sangre ardiente y estranjera,  
Do quiera en aquel país  
Halla sazón de contienda.  
Por fin, con nombre sin tacha,  
Y harto atestado de letras,  
Dí vuelta á España, y al techo  
De mi mansion solariega.  
Recibieronme mis padres  
Con las caricias mas tiernas,  
Y el rey me admitió al servicio  
De su persona. Mis rentas  
Me daban lujo; lo noble  
De mi alcurnia, y mi opulencia,  
Me dió muchos envidiosos,  
Mas tambien fortuna inmensa:  
Mis estudios y mis viajes,  
Y mi educacion francesa,  
Y mis trajes á la moda,  
Y mi suerte al fin, con llenas  
Manos, sobre mi vertian  
Dichas y venturas: y era  
Del rey casi el favorito,  
Y el mismo de la grandeza.  
Mi padre, al ver mi fortuna,  
Se decidió á no perderla,  
Y se ingenió de tal modo,  
Que logró que una princesa  
De sangre real, me otorgara  
Su mano con real licencia.

Infanta es, y hermosa acaso;  
Mas aunque con sangre régia  
Emparentar siempre es honra,  
Tal vanidad no me tienta.  
Mi pensamiento es distinto  
Y mi opinion bien diversa,  
Y en las horas solitarias  
En que á los hombres desvelan  
Afares del porvenir,  
Y con lo futuro sueñan,  
Soñaba auroras de dicha  
En menos sublime esfera,  
Y á costa de mi ventura  
No anhelé tamaña alteza.  
Yo ansié con una mujer  
Mas virtuosa que bella,  
Mas amorosa que rica,  
Y mas casta que princesa.  
Partir mi amor respetuoso,  
Mi favor y mi opulencia,  
Si quier sus solas virtudes  
Al matrimonio trajera.  
Vé, pues, que iba hacerme esclavo  
En vez de esposo: con fuerzas  
No me hallé para hacer á otro  
De mi libertad ofrenda,  
Y me negué á tal enlace,  
Y enojé á mi parentela.  
Montó en cólera mi padre,  
Vino mi familia entera  
Sobre mí, cual si ello fuese  
Causa de alguna vergüenza.  
Todos sus futuros planes  
Viendo fallidos, con terca  
Tenacidad se empeñaron  
En probarme la escelencia  
De tan ventajoso enlace,  
Y en rendir mi resistencia.  
Mas en vano, pues cansado  
De sus disputas eternas,  
De la furia de mi padre,  
Que en no escucharme se cierra,  
Y decidido á no ser  
De este afán víctima necia,  
Dispuse secretamente  
De una parte de mi herencia,  
Tomé un caballo una noche,  
Y de la corte y paterna  
Casa, me ausenté discreto  
Para dar trecho á que venza  
El tiempo tal vanidad,  
Y la razon tal demencia.  
Esta es mi historia, señor,  
Esta es tambien la postrera  
Resolucion que he tomado  
De mi porvenir acerca.  
Mi posicion, mi fortuna,  
La avanzada edad que pesa  
Sobre mis padres, en fin,  
Exigen que me establezca.  
Mas rico soy, y no busco  
Mujer que doble mis rentas;  
Soy noble, y poco me importa

Que mi mujer sea plebeya:  
Mujer virtuosa quiero,  
Pura, religiosa y tierna,  
Consuelo en la adversidad,  
Y en la dicha compañera.  
Mujer quiero que, aunque se haya  
Educado en la pobreza,  
El alcázar de su honor  
Con fé y conviccion defienda;  
Mujer quiero que cumpliendo  
Sus obligaciones sepa,  
Para mí y para mis hijos  
Casta esposa y madre buena.  
Tal la quiero: y pues en esto  
Todo el porvenir se arriesga,  
Y de esta eleccion depende  
La fortuna venidera,  
Si tal no la hallo, la vida  
Así en soledad perpétua  
Pasaré, si quier me hereden  
Quienes mi nombre no tengan.

## EL VIEJO.

Por Dios que os honran, mancebo,  
Opiniones tan opuestas  
A las que ahora en el mundo  
Por los hombres se profesan.  
Bien hayan los buenos años  
Dedicados á las ciencias,  
Que os han puesto el corazon  
En opiniones tan rectas.

## EL FORASTERO.

Dejad, buen viejo, por Dios,  
Alabanzas que no aciertan  
A dorar la oscura mancha  
Que mi conducta sombrea,  
De abandonar mis hogares,  
Aunque preciso lo sienta.

## EL VIEJO.

No os lo abonaré yo nunca,  
Mas siempre con indulgencia  
Veré á quien su honor estima  
Mas que el oro y las grandezas.  
Y al fin, mirándolo bien,  
Tal vez disculpa merezca,  
Pues pende del matrimonio  
Aun la salvacion eterna.

## EL FORASTERO.

Quédese aquí.

## EL VIEJO.

Aquí se quede:  
Mas para que no os parezca  
Que correspondo mezquino  
A la confianza vuestra,  
Os diré en cuatro palabras  
Mi historia.

## EL FORASTERO.

Jamas hubiera  
Osado sobre ella haceros  
Pregunta alguna indiscreta;

Mas os confieso en verdad  
Que os oiré con complacencia.

## EL VIEJO.

Os comprendo; habeis notado  
Que hay en mí cierta estrañeza,  
Que con mi ser de labriego  
Casa mal y se despega:  
Y acaso me hayais tenido  
Por algun noble que encierra  
En esta vetusta fábrica,  
Vida de misterios llena;  
Mas no: mi historia es sencilla,  
Y de asombros tan ajena,  
Que os parecerá monótona;  
Mas donde os canse se deja.

## Y aquí, cruzando los brazos

Y apoyándose en la mesa  
El jóven, y en el anciano  
Fijando mirada atenta;  
Brillando la calma en este  
Y en el otro la impaciencia,  
Comenzaron á escuchar  
Y á decir de esta manera.

## CAPITULO III

## INSOMNIO.

"Nací de hidalga familia,  
Mas no de tan noble origen,  
Que deba hoy llorar el verme  
En condicion tan humilde.  
Marino en mi juventud,  
Perdí sus buenos abriles  
Errando sobre los mares  
Que á la culta Europa ciñen.  
Serví con honra á mis reyes  
En los lejanos países  
Donde me arrojé mi estrella,  
O la fuerza irresistible  
De los vientos, que me echaron  
A muy remotos confines.  
Una horrorosa borrasca  
Estrelló contra las Sirtes  
Una noche nuestra nave.  
¡Qué noche! á un mastil asíme,  
Y con las ondas luchando,  
Defendí la vida triste  
Que creí que me restaba,  
Con esfuerzos increíbles  
Recogíeme una fragata  
De ingleses, y que aventirme  
Tuve á navegar con ellos  
Hasta las playas de Chile.  
Un rico español prendóse  
De mí, y me empleó en servirle  
En negocios de comercio;  
Y tan bien sin duda lo hice,  
Que quiso en haciendas suyas  
Colono constituirme.

Conocí allí una mujer  
De las que en aquellos límites  
Del mundo crían los cielos  
Para que el sol las admire.  
Me enamoró su hermosura,  
Me correspondió, y uníame  
Con ella en sagrado nudo,  
Y hénos aquí ya felices.  
Vivimos así dos años,  
Y al fin de ellos, fué indecible  
Mi placer al verme padre  
De esa muchacha que visteis  
A vuestro lado esta noche.  
Nació cuando imperceptibles  
Los rayos del sol naciente,  
Con purpurinos matices  
Teñían las verdes puntas  
De las palmeras flexibles.  
Nació en un día de Abril,  
Cuando empezaba á cubrirse  
El prado fértil de flores,  
Y las lagunas de cisnes:  
Y en memoria de aquella alba,  
Que haga Dios que nunca olvide,  
Flor-del-Alba la llamaron;  
Y Dios, que el fruto bendice  
De un amor casto, ha querido  
Que su nombre justifiquen  
Su hermosura y su virtud,  
Que con su baldad compite;  
Mas como al fin en la tierra  
Dicha completa no existe,  
Su madre murió cuando ella  
Cumplía los cinco abriles.  
Sin ella, aquel paraíso  
Me fué destierro insufrible,  
Mi hacienda carga enojosa,  
Arido desierto Chile.  
Devolví, pues, sus terrenos  
A aquel español insigne  
A quien los debí; con oro  
Quiso en vano seducirme:  
En abandonar á América  
Vió mi voluntad tan firme,  
Que al fin me abrazó diciéndome:  
"Vé en paz, y que Dios te guíe."  
En oro me dió el valor  
De mis bienes: conducirme  
Quiso hasta uno de sus buques  
Que me esperaba, y me hizo  
A la vela, en él trayendo  
Mi hija y mis memorias tristes  
A España, donde con mi oro,  
En la corte establecíme.  
Mas viendo que las delicias  
De sus ruidosos festines  
Y tumulto, me aburrían  
En lugar de divertirme,  
Y que mi hija Flor crecía  
En belleza, y que sutiles  
Los ejemplos de la corte,  
Es fuerza al cabo que minen  
La virtud de las mujeres,

Que no pueden eximirse  
De las torpes seducciones  
De juventud algo libre:  
Compré á un marques arruinado  
Estos terrenos, y vine  
A gozar entre sus muros  
La renta escasa que rinden  
Cuatro tierras que he comprado  
De estos valles en los lindes.  
Aquí olvidado del mundo,  
Y en soledad apacible,  
Habito con Flor-del-Alba  
Las estancias que permite  
Habitar este palacio,  
Que amaga bien pronto hundirse;  
Aunque no será tan presto  
Que nuestros ojos lo miren.  
Esta es mi historia completa,  
Que á mi vez contaros quise  
La vuestra para pagaros.  
Y ahora, buen jóven, que oísteis  
Lo que soy y lo que tengo,  
Que os ofrezca permitidme  
Lo que puedo y lo que valgo,  
Si de algo todo ello os sirve.  
Cama os mandé prevenir  
Y aposento: si á él seguirme  
Gustais, venid, que ya es tarde,  
Y acaso el cansancio os rinde.  
Y así diciendo el anciano,  
Con halagueño semblante  
Echó del jóven delante,  
Con una luz en la mano.  
Y como el mozo veía  
Que la franca esplicacion  
De tan clara insinuacion  
Oposicion no admitia,  
Dejó su cómodo asiento,  
Y se dispuso á seguir  
Al viejo, hasta el aposento  
Que le mandó prevenir.  
Salieron, pues, de la estancia  
El uno del otro en pos,  
Perdiéndose así los dos  
En la sombra y la distancia.

*ii que difícil fácil*

Estaba el aposento destinado  
Para el jóven viajero,  
En un ángulo aislado  
De aquel viejo edificio colocado.  
Para llevar á él al caballero,  
Cruzar el viejo le hizo  
Uno tras otro cuarto abandonado,  
Y uno tras otro oscuro pasadizo:  
Por los cuales al ir, notó el mancebo  
El estado ruinoso en que se hallaba  
La mansion que su huésped habitaba.  
Las rotas ó gastadas escaleras,  
Las empolvadas bóvedas sombrías,

Entre cuyas maderas  
Se filtraban aún en gotas frías  
De las pasadas lluvias las goteras;  
Las doradas molduras,  
Por la humedad y el polvo carcomidas;  
Las puertas de mohosas cerraduras  
No usadas largo tiempo, y derruidas  
De su marco y dintel las esculturas:  
Todo lo reparó; mientras callado  
Su hospedador por ella le condujo,  
Y aquella soledad y aislamiento  
Mala impresion en su ánimo produjo,  
Y aun en su corazon por un momento  
Misteriosos recelos introdujo.  
Dejóle en fin en su aposento solo  
El venerable anciano,  
Y toda idea de traicion ó dolo  
Desechó al contemplar de su semblante  
La candidez, y al estrechar la mano  
Que le alargó al salir, dulce reposo  
Deseándole atento y cariñoso.  
El jóven, sin embargo,  
Con precauido exámen, cauteloso,  
Su cuarto registró por donde quiera  
Que el pié pudo fijar, tender la mano,  
Y dar campo á los ojos:—todo era  
Limpio allí, si no rico: blando lecho  
Con mullido vellon y lienzos hecho,  
Que grato olor á limpios exhalaban,  
A dormir convidaban:  
Y descendiendo en pliegues desde el techo,  
Las ventanas y puertas adornaban  
Blanquísimas cortinas,  
Con gusto puestas, aunque no muy finas;  
Toscos siales, perchas necesarias  
A uso de quien se viste y se desnuda;  
Encendida y templada lamparilla,  
Todas, en fin, las fruslerías varias  
Con que á un huésped ayuda  
Una fina atencion, del buen anciano  
Allí previno la oficiosa mano.  
Abrió, pues, su maleta el caballero,  
Y echando á un lado su empolvado trage  
Y las botas de viaje,  
Cómoda bata se ciñó; su espada  
Dejó á su lado diestro colocada,  
Y en la cama metiéndose,  
Largo sueño á gozar tranquilo y blando  
Se dispuso en las ropas envolviéndose.  
Pronto vagos delirios é ilusiones,  
Fantásticas se alzaron en su mente:  
Vaporosas visiones  
Que cerniéndose en alas invisibles  
Bajan continuamente,  
Del pacífico sueño precursoras,  
A derramar benéfico beleño  
Sobre el mortal que siente en altas horas  
Con silencioso pié venir al sueño.  
Todos entonces en tropel callado  
Los objetos que vimos en el día,  
Toman cuerpo en la loca fantasía  
Y en confuso monton desordenado,  
Llenas de ligereza y poesía,

Revestidas de formas celestiales,  
Nos escitan ideas que adoramos  
El sueño al conciliar, mas de las cuales  
Jamás al despertar nos acordamos.  
Mas entre estos delirios del insomnio  
Que aduermen al cansado caballero,  
Entre esta multitud de sombras leves,  
Precursoras del sueño verdadero,  
Hay un bello fantasma mas visible,  
Mucho mas vaporoso, mas ligero,  
Que le acuerda amorosa y vagamente  
La encantadora imágen apacible  
De otro viviente ser visto primero.  
Y esta imágen purísima, alba y bella,  
Que entre las pardas sombras del insomnio,  
Como lirio entre céspedes descuella,  
Como entre zarzas purpurina rosa,  
Como entre nubes rutilante estrella,  
Como entre toseas y comunes aves  
Del real pavon la pintoresca pluma,  
Cual régio buque entre pequeñas naves;  
Como rayo de sol entre la bruma  
De nebuloso lago, es la amorosa  
Sombra de una mujer cándida, hermosa,  
A quien logró mirar tan solo un punto,  
Cuya presencia saboreó un momento;  
Mas cuyo bello y celestial trasunto,  
Indeleble conserva el pensamiento.  
Y esa mujer con quien despierto sueña,  
Ese delirio que al dormirse adora,  
Y cuya aparicion encantadora  
El sueño de él en alejar empeña;  
Esa muger, cuya ilusion divina  
Por rechazar de su memoria lucha,  
Pero cuyo recuerdo le fascina,  
Y á quien á su pesar mira y escueha,  
Es Flor-del-Alba, á quien amar empieza,  
Angel en su beldad, flor en pureza.  
Así el amor callando se desliza  
En nuestro corazon libre y tranquilo,  
Y con el filtro del amor se hechiza,  
A una ilusion así prestando asilo.  
Como ilusion la admite: ella, traidora,  
La hoguera oculta del amor atiza,  
Su belleza ideal la patentiza,  
Y al verla el corazon tan seductora,  
Con la ilusion falaz le fanatiza,  
Y al fin ciego de amor la diviniza,  
Y en el altar de la pasion la adora.  
Y así, como un recuerdo vagaroso,  
Por la puerta no mas de un pensamiento  
Disfrazado, traidor, mudo, alevoso,  
Del viajero en el alma tal momento  
Entra amor á robarle su reposo.

## CAPITULO IV.

MUSICA.

Apenas de estas quimeras  
Que en la mente se acumulan